IRENE DE OTRANTO

IRENE DE OTRANTO

ÓPERA EN TRES ACTOS Y SEIS CUADROS, EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSÉ ECHEGARAY

música del maestro

EMILIO SERRANO

Estrenada en el TEATRO REAL en Febrero de 1891

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1900

REPARTO

PERSONAJES		ARTISTAS
IRENE....................	SRA.	TETRAZZINI.
CONDESA..................	SRTA.	GUERCIA.
ROBERTO..................	SR.	LUCIGNANI.
GUILLERMO...............		TABUYO.
MARTÍN....................		BORRUCHIA.
RODOLFO..................		PONSSINI.
UNFREDO..................		VERDAGUER.
ADRIANO..................		SILIANI.

DIRECTORES

DE ORQUESTA, el Maestro compositor................	DON	LUIS MANCINELLI.
DE COROS..................		JOAQUÍN ALBIÑANA.
DE ESCENA................		EUGENIO SALARICH.



ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

La escena representa un salón de estilo románico. En el fondo un gran balcón con arco de medio punto, que se supone que domina el patio del castillo, la villa y el mar. Á la izquierda del espectador, en primer término, una chimenea y bancos alrededor. Á la derecha una mesa y sillón blasonado. Á un lado y otro, segundo término, puertas. Es de noche: sobre la mesa una lámpara; el balcón y el paisaje iluminados por la luna.

ESCENA PRIMERA

MATILDE, Condesa feudal, sentada y leyendo. IRENE, su hija, en pie junto al balcón. RODOLFO y UNFREDO, Barones del feudo, en pie á la derecha

UNF. }
ROD. } La noche el negro manto ya retira
y el alba llega con sus blancos velos;
del sol al primer rayo los cruzados
de Otranto á Palestina partiremos.

DAMAS Sobre la mar azul á Tierra Santa
la fe os preceda y os empuje el viento;
que el sepulcro de Cristo resplandece
tras la tostada arena del desierto.

IRENE La noche, cómo avanza,
qué triste el alba llega;
cuánto tarda Roberto,
¡espera, Irene, espera!

Sin él todo es negrura,
no tiene el cielo luz,
y el alma pasión sufre
en su amorosa cruz.

ROD. Busca la pobre niña
entre la sombra espesa
la imagen adorada
del que tarda y no llega.

UNF. De Roberto en los ojos
halla Irene más luz,
que en la brillante malla,
ó en la plateada cruz.

MAT. Bien tu ansiedad advierto,
pobre niña, y me pesa;
el destino os separa
y tu madre os aleja.
Por algo negra noche
le envuelve en su capuz:
desecha ese cariño
que en él está tu cruz.

CORO DE PEREGRINOS (En la playa, es decir, fuera de la escena.)

El mar azul crucemos
y el de tostada arena,
que el sepulcro de Cristo
en Palestina espera.
El alba ya despunta
con temblorosa luz;
bañe su primer rayo
la sacrosanta cruz.

IRENE Mucho tarda Roberto, madre mía;
jamás del puente la armazón pesada
crugió al ponerse el sol, sin que volviese
de vagar por la selva ó por la playa.

MAT. Silencio, Irene, ¿qué importa lo que sea?

IRENE Que acaso pudo ser una desgracia.

MAT. Ya los labriegos que al castillo lleguen,
lo que ocurrió nos contarán mañana.
Y ahora no me interrumpas, que este libro
da paz al corazón, sosiego al alma.
Bueno fuera que yo mis oraciones
perdiese, por cuidar acongojada
de ese loco mancebo, que no vale
lo que cualquiera de mis hombres de armas.

ROD. No heredó la Condesa, según veo,
(Á Unfredo.)
del noble Conde la ternura extraña
por Roberto.

UNF. Quizá porque él le quiso,
(Á Rodolfo.)
ella se muestra en su cariño avara.

ROD. Y Roberto, ¿quién es?

UNF. Nadie lo sabe:
su ayer, la *sombra;* su presente, *nada.*
Le trajo el Conde en noche tormentosa
y él se agarró cual yedra á estas murallas.

ROD. ¡Y pretende el osado aventurero
mezclar su sangre ruín, quizá bastarda,
á la que corre bajo el blanco cutis
de Irene, que ha de ser la soberana
del noble feudo!

UNF. Bien pronto la Condesa
atajará sus ambiciosas ansias.

IRENE ¡Roberto llega!

MAT. El pensamiento un punto
del maldecido nombre no separa.
(Señalando á Irene.)

ESCENA II

DICHOS y ROBERTO

MAT. ¿Por qué vuelves tan tarde á mi castillo?
Á tus rebeldes y salvajes mañas,
de sol á sol, la duración de un día,
por lo visto, Roberto, no les basta.
¿Y cómo entraste si á estas horas debe
para todos la torre estar cerrada?

ROB. Dos preguntas, y á las dos
breve respuesta daré.
Por una poterna entré
con el monje y de él en pos:
la primera. La segunda
allá abajo, en vuestra villa,
estuve con fe sencilla
y con devoción profunda,
cintura y cuello rodeados

de un cordel que me ha escocido,
en la procesión metido
y en fila entre los cruzados.

MAT. Basta.

ROB. Señora, no más. (Se retira al fondo.)

MAT. ¿Tus gentes? (Á Rodolfo.)

ROD. Ya preparadas.

MAT. ¿Tus naves?

ROD. Aparejadas.

MAT. ¿Con el alba partirás,
según eso?

ROD. Fijo y cierto,
que el buen deseo se ingenia
y en tomando vuestra venia,
me llevo la gente al puerto.

MAT. Pues ven conmigo, Rodolfo,
que esta es noche de velada;
y hasta que zarpe la armada,
y se engolfe por el golfo
con la luz matutinal,
de Bizancio hacia la tierra
nadie los párpados cierra
en esta torre feudal.
Ven, Irene. (Todos se dirigen á la derecha.)

IRENE ¡Extraño ardor
(Al pasar junto á él.)
hay, Roberto, en tu mirada!

ROB. Está ya la suerte echada:
¡ó la muerte ó nuestro amor!
(Sale delante la Condesa, detrás Rodolfo y Unfredo. Al salir Irene la detiene Roberto.)

ESCENA III

ROBERTO é IRENE

ROB. No me dejes, espera:
un momento no más:
acaso, Irene mía,
nunca he de verte ya.

IRENE ¿Qué dices?

ROB. ¡Soy cruzado!
La luz matutinal

despunta, y los bajeles
se mecen en el mar.

IRENE ¿Pero, por qué, Roberto,
(Asombro y dolor de Irene.)
á Tierra Santa vas?

ROB. Porque el deber lo exige,
porque una voz tenaz
me dice: «en Tierra Santa
su amor conseguirás.»
¿Aquí qué he sido?—Sólo un villano.
¿Y allá, bien mío?—¡Dics soberano!
¡Si Dios me ayuda—lo seré todo!
Si no me ayuda—¡sangriento lodo!
(Como evocando el porvenir.)
¡La cruz divina!—¡La férrea malla!
¡Tu imagen pura!—Y en la batalla
¡si Dios me ayuda—lo seré todo!
Si no me ayuda—¡sangriento lodo!
¿Mi escudo es blanco?—Matando turcos
trazo en él barras—y rojos surcos;
y por ganarte—lo seré todo:
y si te pierdo—sangriento lodo.

IRENE ¿Y quién, bien mío—podrá entre tanto
á Palestina—llevar mi llanto?
¿Y si cayeses—de sangre al lodo?
¿Y si te pierdo?—¡Lo pierdo todo!
Y de Antioquía—al muro espeso,
¿cómo he de enviarte—ni un solo beso?
¿Tú, mi Roberto—sangriento lodo?
No: si te pierdo—lo pierdo todo.
(Abrazándose á él.)

ROB. Es necesario.—Rompo estos lazos:
(Desprendiéndose de Irene.)
Pero si vuelvo—vuelvo á tus brazos.
(Volviendo á abrazarla.)
¡A ellos, Irene,—ó al rojo lodo!
¡Tu amor ó muerte,—ó nada ó todo!

IRENE ¡Si no es posible—romper los lazos
conque á tu cuello—ciño mis brazos!
Mi seno es blanco—rojizo el lodo;
sin tu amor nada; con tu amor, todo.
(Abrazándole.)

ESCENA IV

DICHOS y MATILDE

MAT. ¿Qué haces aquí?
ROB. Mi partida
se acerca.
MAT. ¿Se acerca? ¿Y qué?
ROB. Soy cruzado.
MAT. Ya lo sé.
ROB. Pues esta es mi despedida.
Sobre el sepulcro del Conde,
que un padre fué para mí,
(Movimiento de enojo de la Condesa.)
recé esta tarde y gemí.
Y vengo cual corresponde,
con las luces de la aurora,
mientras cruje el mastelero,
á dar el adiós postrero
á su esposa y mi señora.
MAT. Bien; que te ampare el Señor.
ROB. ¡Esa frase!... ¡Por mi vida,
mucho más que á despedida
tiene á limosna sabor!
¿Mas sabéis por qué anhelante,
por entre nieblas y brumas,
olas rompiendo y espumas,
sobre el lomo del gigante
que encaja en inmenso alvéolo,
me voy á Jesuralén?
MAT. Por ser cristiano.
ROB. También;
pero no por eso solo.
MAT. Tu confianza no reclamo.
ROB. Pues yo os la concedo entera.
¡Para subir á la esfera
de la mujer á quien amo!
Y el nombre...
MAT. ¿Nada contiene
tu insolencia?
ROB. ¿Lo sabéis?
Pues si lo sabéis, ya veis
que esa mujer es... Irene.

MAT. Mancebo loco,
sal de esta torre.
De tu memoria
haz que se borre,
esa ambiciosa— necia pasión,
que oprime terca—tu corazón

ROB. Porque es preciso,
dejo esta torre:
pero del alma
pensar que borre,
esta divina—santa pasión,
noble Condesa—es ilusión.

IRENE Desde su infancia
vino á esta torre:
de mi memoria
para que borre
tanto cariño—tanta ilusión,
hay que arrancarme—el corazón.

ESCENA V

DICHOS, RODOLFO, UNFREDO, otros Barones del feudo y CORO GENERAL

ROD. ¡Ya están los lienzos hinchados
con la brisa matutina!

MAT. ¡Dios lo quiere! ¡A Palestina
mis soldados!

ROD. Tus soldados,
al ronco son del oleaje
cántico entonan de guerra,
y al abandonar su tierra
te prestan pleito homenaje.

MAT. ¡Santa empresa y noble lid!
¡Bien de Otranto mereced!
Si Dios lo quiere, venced:
si no lo quiere, morid.

ROD.
UNF.
CORO
¡Pues por Cristo á combatir!
¡Bien de Otranto, á merecer!
¡Si Dios lo quiere, á vencer!
¡Si no lo quiere, á morir!

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

La escena representa la playa en que han de embarcarse los cruzados. Se ve el mar y los bajeles. Gran movimiento: marineros en sus faenas; Mujeres y Hombres del pueblo que acuden; Soldados, Monjes, Mercaderes que forman grupos diversos. En esta escena cabe cuanto se quiera como espectáculo, menos bailables, porque el momento no es de fiesta ni es tampoco de aquellos en que domina el espíritu mundano.

ESCENA PRIMERA

CORO DE AMBOS SEXOS, GUILLERMO y el MONJE MARTIN

CORO DE MUJERES A tus pobres canas
sus negros cabellos
no se acercarán,
que mares de espuma,
que mares de arena
enmedio estarán.

CORO DE HOMBRES Cabellos nevados
de ancianos caducos,
al templo á rezar.
Las negras melenas
allá en Palestina
al sol á flotar.

GUILL. Al blanco cabello
la negra melena
no se acercará:
acaso si vuelve
la suya nevada
también estará.

MARTÍN Al blanco cabello
aureola de plata
el cielo le da.
La negra melena
corona de sangre
en Sión hallará.

(Se van todos alejando lentamente y perdiéndose poco á poco el canto, hasta que queda Guillermo solo.)

Pobre Guillermo, tu aflicción modera,
que no es propia ni digna de un cristiano;
cumple, Roberto, al ir á la cruzada
preceptos de su Dios, deberes santos.

GUILL. Como padre le quiero. ¡Cuántas veces
jugueteó cuando niño entre mis brazos!
En noche tormentosa el noble conde
á su feudal castillo nos lo trajo,
y ha sido íris de paz desde aquel tiempo
para este pobre y desvalido anciano.
Los extremos se juntan en la vida:
los pocos años y los muchos años
se atan con nudo de filial cariño.
¡Y este nudo pretenden desatarlo!

MARTÍN En eso dices bien: yo he visto ejemplos
de ese divino y misterioso lazo
entre el pobre rapaz, soplo de vida,
y el sér más rudo, el más feroz soldado.

GUILL. Del duque de Calabria, ¿quién templaba
la cólera feroz? La tierna mano
de un niño caprichoso, sobre el rostro
sanguinolento y tosco jugueteando.
De Roberto Guiscard, ¡ah!, si viviese
aquel postrero predilecto vástago,
¿quién otro la corona ceñiría
del noble feudo y del potente Estado?

MARTÍN Es cierto, pero el niño ya no existe.

GUILL. Era estorbo molesto á sus hermanos.
Pero, ¿murió? ¡Quién sabe! Son misterios
que a gente humilde penetrar no es dado.
Mas, si perdió Guiscard por su desdicha
al turbulento niño de ojos garzos,
yo pierdo á mi Roberto, que, ardoroso,
se va á Jerusalén con tus cruzados.
(A Martín. Se acongoja y se cubre el rostro con las manos. Todos le rodean y consuelan.)

ESCENA II

GUILLERMO y ROBERTO

ROB. ¡Padre! (Acercándose con afán.)

GUILL. (Abrazándole con cariño.)
Como si lo fuera,
que me estuvo encomendada

tu niñez abandonada
y tu juventud primera

ROB. Ni otro padre conocí,
ni otro padre me besó,
por eso te quise yo,
Guillermo, como debí.

GUILL. ¿Y le das por recompensa
á este pobre cuerpo yerto
el abandono, Roberto?

ROB. ¡Es mi gratitud inmensa!
¡Te llevo en mi corazón!...
Pero busco mi camino.
¡Me arrebata mi destino.

GUILL. Te arrebata tu pasión.

ROB. Pues no la puedo vencer:
me avasalla, me domina.
Y en cambio, allá en Palestina,
de mi nave al descender,
un Dios por quien combatir,
un nombre que conquistar,
una mujer que alcanzar.
¡Mira si debo partir!

GUILL. Si sólo nombre buscaras
que ofrecer á Irene bella,
acaso tu buena estrella
mucho más pronto alcanzaras
que del mar en el vaivén,
ó en las tostadas arenas,
ó en las hordas agarenas,
al pie de Jerusalén.

ROB. No te comprendo.

GUILL. Pues yo
sé lo que digo, Roberto.

ROB. ¿Mi historia conoces?

GUILL. Cierto.
Es decir... en parte, no.

ROB. ¿Qué sangre llevo en mis venas?
¿Qué armas hay sobre mi escudo?
¡Habla! Que yo rompa el nudo
de mis ansias y mis penas.
¡Ah, Condesa, noble soy;
tu orgullo no me esclavice,
que á probar lo que este dice,
(Golpeándose el pecho.)
á la Tierra Santa voy.

GUILL. Pues tu corazón no yerra:
sangre noble en sí atesora.
ROB. ¿De raza conquistadora
de esta tierra?
GUILL. De esta tierra.
Un pergamino sagrado
conservo yo en mi poder
que lo prueba.
ROB. ¿Y lo he de ver?
GUILL. A su tiempo; está marcado.
ROB. ¿Hasta entonces?...
GUILL. No, Roberto.
Yo cumplo lo que ofrecí:
á su plazo, sólo á tí;
antes, ni vivo ni muerto
ROB. ¿Y falta para entregarme
ese pergamino extraño
mucho tiempo?
GUILL. Sólo un año.
ROB. ¿Y afirmas que ha de probarme?...
GUILL. Cuanto á tu honor interesa:
que eres bueno entre los buenos,
y tu rango, por lo menos,
igual al de la Condesa.
ROB. Ya la sombra se hace luz
en mi existencia sombría.
¡A Bizancio y Antioquía!
¡Una espada y una cruz!
Y dos nombres tendré así
si hasta aquí ninguno traje:
el que me dé mi linaje
y el que me gané por mí.
GUILL. Si escapas de la peste
y del cuchillo corvo
de turcos y de egipcios
allá en Jerusalén,
yo te diré tu nombre,
yo te diré tu historia:
salva el Santo Sepulcro,
Roberto, y luego ven.
ROB. No temas a la peste
ni á la cuchilla corva
de turcos y de egipcios,
que yo la mellaré.

Y cuando el muro escale
de la ciudad sagrada
y en él la cruz tremole,
á Otranto volveré

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

Comienza á amanecer

ESCENA PRIMERA

DICHOS, CORO DE SOLDADOS, MERCADERES, MONJES, PEREGRINOS y CRUZADOS

CORO DE SOLDADOS

Ahora voy á Tierra Santa,
y cuando vuelva, he de ser
conde, príncipe, gran duque,
y, ¿quién sabe?, acaso rey.
Con el sol de Palestina,
con el oro del infiel,
fundiremos cien coronas,
y tras ellas otras cien.

CORO DE MERCADERES

Ya se abre nuevo camino
de Tierra Santa á través.
¡Nosotros hasta la Persia,
estos á Jerusalén!
(Señalando con desprecio á los Cruzados.)
Sedas, gomas, oro, plata
rellenarán mi bajel,
y desde el Indo á Venecia
dominará el mercader.

MONJES, PEREGRINOS y CRUZADOS

Profana el Santo Sepulcro
en Palestina el infiel,
y las reliquias sagradas
son escarnio de su harén...
A Tierra Santa, Cruzados;

á morir por vuestra fe.
Cristo os dió su sangre: dadle
la vuestra en Jerusalén.

CORO DE MUJERES ¡Sálvese el Santo Sepulcro,
que así lo anhela mi fe;
pero el hijo de mi vida,
haz que se salve también!
(Elevando las manos al cielo.)
Haz que en la hora de mi muerte,
no nos lleguemos á ver,
yo en mi lecho solitario
y *él* allá en Jerusalén.

CORO DE VIEJOS Abrid caminos á Oriente
de Tierra Santa á través,
mercaderes y cruzados,
por el medro ó por la fe,
que cuando volvais á Otranto,
la *peste negra* tal vez,
acurrucada vendrá
en la cala del bajel.

ESCENA II

DICHOS, CONDESA, IRENE, RODOLFO, UNFREDO, ROBERTO, MARTÍN. Acompañamiento de Soldados, Damas y Pajes. Un Paje trae en una bandeja una espada. Otro un pendón. Hasta aquí la escena ha estado iluminada por las luces del amanecer: en este momento el Oriente se colora y empieza el día

MARTÍN Condesa, al Sepulcro Santo
del divino Redentor,
del sol al primer fulgor
van los cruzados de Otranto.

COND. Santa empresa y noble lid:
bien de Otranto mereced:
si Dios lo quiere, venced;
si no lo quiere, morid.

ROD. En la cruz puestas las manos,
de nuestros limpios aceros,
juramos por caballeros
por nobles y por cristianos.
(La Condesa toma la espada de la bandeja para entregarla á Rodolfo. Roberto se interpone.)

ROB. Vuestro esposo un padre fué
para Roberto.—¡Su espada!
(Pidiéndola con emocion.)
No me miréis enojada,
que no la deshonraré.
(La Condesa retira la espada)

ROD. ¡Asombra su atrevimiento!
(La Condesa mira con desprecio á Roberto.)

COND. ¡Aparta! (Separando á Roberto.)
Toma, Rodolfo (Dándole la espada.)

ROD. Condesa, ¡gracias!
(Blandiendo la espada y volviéndose á los demás capitanes.)
¡Al golfo!
¡Al mar. . y lonas al viento!

ROB. Mellas tiene. (Señalando la espada.)
Del poder
de tu brazo no respondas,
que hay que ver si son tan hondas
las que traigas al volver.
Tú venciste: me es igual:
ya me buscaré otro acero,
pero en cambio llevar quiero,
Condesa, el pendón feudal

COND. Basta ya, mancebo loco,

UNF. ¡La enseña del Conde á mí!

COND. ¡Es tuya!

UNF. La merecí. (Tomándola.)
Esto es mucho y eres poco.
(Roberto hace un movimiento de desesperación.)

IRENE ¡Toma mi banda, Roberto!
(Roberto da un grito de alegría y se apodera de la banda.)

COND. ¡Irene!

ROB. ¡Ya tengo más
que vosotros! (Á Rodolfo y Unfredo.)

IRENE ¿Volverás?

ROB. ¡Vencedor, Irene... ó muerto!
Y siempre tu amor aquí,
y la cruz sobre mi manto,
ó muero digno de Otranto
ó vuelvo digno de tí.
(Gran final con todas las masas y voces. El sol brilla en toda su esplendidez.)

CORO La fe, la ambición, la gloria,
nos empujan en tropel;
su salvación busca el monje;
oro busca el mercader;
el soldado será duque,
será príncipe tal vez,
que á regar con sangre vamos
la brecha en Jerusalén.

COND. Huye, mancebo insensato,
que yo no te vuelva á ver:
sigue al monje, al peregrino,
al soldado, al mercader;
hunde tu pasión maldita
en la cala del bajel,
y rellena con tu cuerpo
el foso en Jerusalén.

ROB. El amor, la fe, la gloria,
me arrebatan en tropel;
como Dios me dé su ayuda
digno de ella volveré;
ahora al mar, que ya me espera,
la vela hinchada, el bajel;
después, á subir al muro
sangriento en Jerusalén.

IRENE El amor, la fe, la gloria,
le arrebatan en tropel;
si vuelve me encontrará,
si no vuelve, moriré.
Mar, tus furores aplaca
y respeta su bajel,
que por mí sube al sangriento
muro de Jerusalén.

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

La escena representa la playa del golfo: á un lado, y á lo lejos, se ve el castillo feudal: á la derecha y dominando el mar, la capilla de la Virgen del Consuelo, á la que se sube por una senda tortuosa: en primer término una cruz. Esta decoración puede ser, ó tan sencilla como se quiera, ó tan espléndida como las circunstancias lo consientan. Es el amanecer: empiezan en el horizonte las primeras luces del día.

ESCENA PRIMERA

PESCADORAS, PESCADORES, ROMEROS, SOLDADOS
y VIGILANTES MARINOS

CORO DE PESCADORAS (Que si se quiere puede ser interior.)

Ya en el Oriente
cinta de grana
va contorneando
la mar lejana.
Pescadores, el sueño dejad.
A la playa, al trabajo volved:
os aguardan la luz en el cielo,
el viento en la vela, la pesca en la red.

CORO DE PESCADORES (Que también puede ser interior si lo ha sido el de Pescadoras: si no pueden cruzarse en la escena.)

Ya por Oriente
sube galana

la blanca estrella
de la mañana.
El descanso es preciso dejar;
¡al trabajo, á la playa otra vez!
¡Ya sentimos la espuma en las olas,
el viento en la vela, el sol en la tez!

CORO DE ROMEROS (Que salen con palmas, ramos, flores, etc.)
Ya del golfo de Otranto
huyó la noche fría;
por la empinada senda
viene la romería;
con ramos y con flores,
ofrendas de este suelo,
que las está esperando
la *Virgen del Consuelo.*

CORO DE SOLDADOS (En el castillo feudal.)
Vigilante del noble castillo,
cruza el ancho torreón almenado:
de la torre, marcial centinela,
cuando escuches: «¡Alerta, soldado!»
¡vela, vela!

CORO DE VIGILANTES MARINOS (En la lejana playa.)
Vigilante marino del golfo,
si la nave en que vuelve el cruzado
en las olas desata su estela,
lanza el grito por todos ansiado:
¡vela, vela!

ESCENA II

IRENE y MARTÍN

IRENE — Ya Jerusalén es libre:
ya no profanan al Santo
Sepulcro las hordas bárbaras,
de Mustadí el africano;
ya el mar, desde que amanece
hasta que el sol en ocaso,
hundiendo su rojo disco,
busca en las olas descanso,
cubierto se halla de velas,
que el horizonte cruzando,

de la Tierra Santa vuelven
á la tierra que dejaron.
Por eso vengo á cumplir,
pues vencieron los cruzados,
el voto que hice á la Virgen
del *Consuelo* y del *Amparo*.

MARTÍN
Mucho á la Virgen debemos;
pero ese voto sagrado,
¿no encierra en sí levadura
de pensamientos mundanos?
¿La promesa, por quién fué?
Responde.

IRENE
¡Por el cruzado!

(Se aleja de Martín y se arrodilla al pie de la cruz.

ESCENA III

IRENE y MARTÍN. Nuevos grupos de ROMEROS que poco á poco suben hacia la capilla de la Virgen. El día va rompiendo

CORO DE ROMEROS (De ambos sexos.)

Ya rompió el día
por todo el cielo:
la mar bravía
y el verde suelo,
se ciñen con celajes de arrebol:
llevemos á la Virgen del Consuelo,
guirnaldas de flores
bañadas de sol.

IRENE
(Al pie de la cruz.)

Yo prometía
con puro anhelo,
por si él volvía
á nuestro suelo,
de la naciente aurora el arrebol
llevar á la *Madona del Consuelo*,
guirnaldas de flores
bañadas de sol

MARTÍN
Feliz el que este día
atento sólo al cielo,
desdeña la alegría
que el miserable suelo
le finge entre celajes de arrebol.

¡Tan sólo en Dios la calma y el consuelo!
Ni en flores, ni en ramos,
ni en rayos de sol.

CORO DE ROMEROS (Subiendo hacia la capilla.)
La santa romería
hacia la ermita sube.
La Virgen nos envía,
para la blanca nube,
celajes de arrebol;
para ramos, guirnaldas y flores,
torrentes de sol.

IRENE (Levantándose de la cruz y siguiendo á los romeros.)
No ha vuelto todavía,
y cumplo sin embargo
mi voto, Madre mía.
¡Si allá en el mar amargo
bañada de arrebol,
su armadura de guerra brillase
espejo del sol!

MARTÍN (Siguiendo á Irene.)
No ha vuelto todavía
ni acaso volverá,
que á veces, hija mía,
no vuelven los de allá.
¡Cuántos que el arrebol
de la aurora gozaron, no vieron
la puesta del sol!

CORO DE ROMEROS (En lo alto de la cuesta.)
La santa romería
hacia la ermita va.

IRENE ¡No ha vuelto todavía!

MARTÍN Ni acaso volverá.

ESCENA IV

(BAIBABLE)

Gente de la villa y del campo: unos danzan y otros presencian el baile

CORO Doncella enamorada,
volvió tu prometido:
te ciñe la cintura,

te lleva en raudo giro.
Volvió de Tierra Santa;
Volvió de Palestina.
¡Danza, danza!
¡Gira, gira!

OTRO CORO — Cuentan los mercaderes (Con misterio.)
que en Leuca está la peste. (Con terror.)
Cuentan que la trajeron
los cruzados de Oriente.
Gocemos entre tanto,
que al fin la vida es vida.
¡Danza, danza!
¡Gira, gira!

I E ROMEROS (En lo alto de la ermita.)
¡Qué hermosa está la Virgen,
la Virgen del Consuelo!
¡Cuánta luz en los mares!
¡Cuánta luz en el cielo!

IRENE — ¡Su nave no aparece!
¡No vuelve todavía!

MARTÍN — ¡Llora y reza!

CORO — (En el proscenio.)
¡Danza y gira!

ESCENA V

RODOLFO y UNFREDO

ROD — Graves noticias por la villa cunden;
la muerte en Leuca con furor se ceba,
y el promontorio en podredumbre hierve,
y en él domina ya la peste negra.

UNF. — ¡Por eso de la alegre romería,
la muchedumbre amedrentada deja
la caprichosa danza, y los cantares
en los labios parece que se hielan!

ROD. — Tú lo dijiste; porque todos temen
que llegue á nuestro puerto la *viajera*,
que del Oriente vino arrebujada
en manto de asquerosa pestilencia.

ESCENA VI

UNFREDO, RODOLFO y ADRIANO

ADR. ¡Rodolfo!... ¡Unfredo!
ROD. } ¡Adriano!
UNF. }
ADR. Dios os guarde.
ROD. ¡Que su piedad á todos nos proteja!
UNF. ¡Hoy más que nunca por Otranto vele!
ADR. Según eso, sabéis la triste nueva.
ROD. ¡La peste en Leuca!
ADR. ¡En Leuca! y una nave
que á su puerto arribó, dicen que llega
y que impregnadas vienen de la playa
velamen, casco, cordelaje y vergas.
UNF. ¿Y se divisa ya?
ADR. Ya se divisa.
UNF. ¡Pues se le cierra el puerto!
ROD. Se le cierra.
ADR. De eso se trata y todos se preparan.
¿Pero sabéis quién viene á bordo de ella?
ROD. Lo ignoramos.
ADR. Guillermo, que hace un año
por cumplir á Roberto su promesa,
á Oriente fué llevando el pergamino
en que el mancebo encontrará la prueba
de su preclaro origen... si es preclaro.
(En tono de duda y burla.)
UNF. ¿Y dió con él?
ADR. No dió: y en su impaciencia
á Otranto vuelve el imprudente viejo
trayéndonos aquí la peste negra.
ROD. Pues al fondo del mar vaya la nave
si á nuestro puerto en arribar se empeña.
CORO (Dentro.) La peste viene en el bajel impuro:
¡muerte á la muerte: á pique la galera!

ESCENA VII

UNFREDO, RODOLFO y CORO DE HOMBRES y MUJERES, que entran con gran agitación

CORO DE HOMBRES

Dicen que la nave
se divisa ya
que estela de cieno
va dejando atrás:
que es sucio el velamen,
que el azul del mar
rechaza la sombra
cárdena y fugaz
del bajel impuro,
del bajel fatal.

CORO DE MUJERES

Dicen que la peste
entre azufre y pez,
está acurrucada
lamiendo su piel,
de la cala sucia
en la lobreguez:
que sube á la proa,
que pasa al bauprés,
que fija en Otranto
sus ojos de hiel.

UNF.
ROD. } ¿Pues si eso es seguro,
para qué dudar?
corred á la playa,
al puerto bajad,
tended las cadenas,
y si quiere entrar,
nave y cargamento,
gente y capitán,
¡al fondo del golfo!
¡al fondo del mar!

AMBOS COROS Bien dicho, ¡á las olas,
todos de una vez!
¡Que se hunda la nave
con lento vaivén!
¡que enrase la espuma,

creciendo el nivel,
primero la popa,
y luego el bauprés,
y al fin de la vieja
los ojos de hiel!

TODOS — Será de ver cuando la vieja impura
hunda en las olas su podrida faz,
cómo en sus ojos morderán las olas
con dientecillos de amargura y sal.

ROD. — Pues al castillo á demandar amparo
y fuerza, á la justicia señorial.

COROS — ¡Al castillo primero!

UNF. — ¡A la Condesa!

COROS — ¡A la playa después!

UNF. — ¡Después al mar!

ROD. — ¡Sus hombres de armas nos darán la torre!

TODOS — ¡La torre señorial!

ROD. — Las olas... sus espumas, su resaca...

TODOS — ¡Sus abismos, el mar!

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

La escena representa el patio señorial del Castillo. Al fondo, á un lado la torre de entrada con su puente levadizo: al otro lado un lienzo de muralla con una terraza circundada de almenas, que dan al mar: se sube por una escalera de piedra. El trono señorial ó silla; la torre del homenaje; bajada al patio.

ESCENA PRIMERA

IRENE y acompañamiento de DAMAS, poco numeroso

IRENE — Mi cámara me ahoga: de sus muros
el enorme espesor es á mis ojos,
como de tumba la marmórea masa
ó el ancho murallón del calabozo.
Del patio señorial busco la anchura,
de su terraza seguiré el contorno,
que desde allí se ve la mar de Otranto,

el cielo azul y el horizonte rojo.
Mar azul de cuyas nieblas
brotan naves sin cesar,
el bajel de mi Roberto,
¿sabes tú cuándo vendrá?
conté ciento, conté mil,
conté muchas, muchas más:
y ninguna era la suya
y me canso de contar.

CORO — Al adarve subir quiere,
que desde él se ve la mar,
y se cuentan los bajeles
en la azul inmensidad.
De la Tierra Santa tornan
á su patria cada cual;
mas la nave que ella espera
sabe Dios si volverá.

IRENE — Entre tantos como vienen,
¿uno al menos no ha de ser?
¡ay, Roberto de mi vida,
deja ya Jerusalén!
Miro al mar cuando el sol nace:
le vuelvo á mirar después,
¡y ni al rayo de la aurora
ni de la tarde al caer!

CORO — Subimos esta mañana: (Señalando á la terraza.)
y ahora subimos también:
y volveremos con ella
á punto de anochecer.
Y todo inútil: no llegan
Roberto ni su bajel:
ó la muerte le retiene
ó el amor de otra mujer.
(Sube Irene lentamente al adarve y la sigue el Coro.)

IRENE — ¿Por que sois tan mentirosas,
olas de la azul región?
¿Por qué rompeis en espumas
entre los rayos del sol?
¿Por qué fingís alegrías
si nunca vuelve mi amor?

CORO — Vamos á ver cómo rompen
en la azulada región,
las olas entre los rayos
esplendorosos del sol.

¡Vendrán las olas, vendrán;
pero no vendrá su amor!
(Suben Irene y las Damas al adarve y por él vagan, mirando al mar.)

ESCENA II

HOMBRES y MUJERES atravesando el puente invaden en tumulto el patio señorial

CORO DE HOMBRES

Arrecia el peligro,
al puerto se acerca
la nave que estragos
y muertes engendra.
¡Aquí los Barones!
¡Aquí la Condesa!
Que ya nos envuelve
de la peste negra
el fétido aliento,
la atmósfera densa.
¡Aquí de su prudencia y su consejo!
¡Aquí de su energía y su valor!
¡Por algo son señores de esta tierra,
nos deben protección!

CORO DE MUJERES

Arrecia el peligro,
la nave se acerca
y ya nuestros hijos
se encogen y tiemblan.
¡Aquí los Barones!
¡Aquí la Condesa!
Del hijo que adoro
la cuna risueña,
cual toldo ya cubren
dos alas muy negras.
La Condesa, que es madre, aquí nos muestre
su saber, su prudencia y su valor;
le damos nuestros hijos en la guerra,
nos debe protección.

ESCENA III

Los COROS de la escena anterior. RODOLFO, UNFREDO, MARTIN y ESTÉFANO, que salen de la torre del homenaje. Rodolfo trae un pergamino

ROD. Cálmese vuestro enojo,
cálmese vuestro afán;
la Condesa, los nobles y los síndicos
á todo proveerán.

UNF. Atended al mandato,
atended al pregón.
La Condesa, los nobles y los síndicos
os dan su protección

CORO A escuchar el mandato,
á escuchar el pregón;
la Condesa, por fin, y los Barones
nos dan su protección.

UNF. En torno del Condado las milicias
formen extenso y apretado cerco,
y el que se empeñe en traspasarlo terco,
muerte reciba al punto sin piedad.
Línea viva extended por todo el feudo,
armad las ondas, aguzad las flechas,
preparad las hogueras y las mechas.
¿La peste mata? ¡Pues matad, matad!

CORO Importa al Condado;
nos salva la vida,
la mecha encendida,
el hierro aguzado.
Vigilemos por tierra y por mar.
¿La peste mata? ¡Pues matar, matar!

UNF. Aquí nosotros, los demás muy lejos;
que allá se muera solo el apestado;
cese toda faena en el Condado,
del corvo hierro y la tendida red.
Si pasa alguno el cerco á la carrera,
aunque al templo de Dios llegue y se acoja,
de la pira encended la llama roja.
¿La peste quema? ¡Pues prended, prended!

CORO
Esta es la manera:
á la podredumbre,
la llama, la lumbre,
el fuego, la hoguera.
Importa á nuestra vida. ¡Obedeced!
¿La peste quema? ¡Pues prended, prended!

ROD.
Sepan por este pregón
en todo el feudo sus fallos,
que así presta á sus vasallos
la Condesa protección.
Tomad. (Dándole el pergamino.)

ESTEF.
Que á todos asombre
su resolución serena.

MART.
Una santa, por lo buena.

ROD.
Por lo valerosa, un hombre.
(Rodolfo, Unfredo, Martín y Estéfano se retiran hacia la torre del homenaje.)
En redondo la pira encended:
vigilancia por tierra y por mar.
¿La peste quema? ¡Pues prended, prended!
¿La peste mata? ¡Pues matar, matar!

CORO
(Alejándose por el puente.)
Importa al Condado;
nos salva la vida;
la mecha encendida,
el hierro aguzado.
Esta es la manera:
á la podredumbre,
la llama, la lumbre,
el fuego, la hoguera.

CORO DE DAMAS
(En lo alto de la terraza.)
Ya la turba se aleja,
llevándose el pregón.
¡Ay del que á Otranto llegue,
que encontrará en redor
el filo de la espada
y el corte de la hoz!
En tanto mira Irene
la líquida extensión,
buscando entre sus nieblas
la nave que, veloz,
le traiga por las ondas
la prenda de su amor.
¡Qué fierezas encierra el alma humana!
¡Cuántas dulzuras tiene el corazón!

ESCENA IV

IRENE en la terraza

IRENE En el puerto entra un bajel
tendida al viento la vela,
y la espuma de su estela
finge luces de un joyel.
Bandera de guerra flota
sobre el alto mastelero:
á su pie de un caballero,
cuando el viento el manto azota
y lo coge de través,
la roja lumbre febea
espléndida centellea
sobre el acerado arnés.
(Bajando al proscenio; las Damas quedan arriba.)
Brilla más y es más azul
de ese golfo la extensión
con la luz de la esperanza
que con los rayos del sol.
Más camina ese bajel
entre las ondas del mar
á impulsos de mi deseo
que á impulsos del huracán.

CORO (En la terraza.)
Brilla más y es más azul
de ese golfo la extensión
con la luz de su esperanza
que con los rayos del sol.
Más camina ese bajel
entre las ondas del mar
á impulsos de su deseo
que á impulsos del huracán.

IRENE (Acercándose á la arcada que conduce al puerto.)
Un armado caballero
ha pasado por el puente
levadizo, sin más gente
que un paje y un escudero.
Casco y manto á cada cual
entrega como al desgaire,
y el arnés ya brilla al aire
como espejo de metal.

La barbacana pasó
y se acerca... ¡Virgen mía!
¡Es el mismo que venía
en la nave que llegó.

ESCENA V

IRENE, que se retira al pie de la escalinata. ROBERTO por el arco que conduce al puente, precedido de un paje

ROB. Id y anunciad que ha llegado
há poco de Tierra Santa,
y á esa torre se adelanta
con roja cruz de cruzado
sobre el manto y el herraje,
quien quiere cortés y humilde
á la condesa Matilde
prestar hoy mismo homenaje.
(El paje entra en la torre. Irene se precipita en los brazos de Roberto.)

IRENE ¡No es ilusión! ¡No es mentira!
¡Es mi Roberto! ¡Al fin viene!

ROB. ¡No es ilusión! ¡No es mentira!
¡Tengo en mis brazos á Irene!
¡Eres tú, mi dulce dueño!
¡Tú, el encanto de mi sér!
¡Qué largo ha sido el camino
de Otranto á Jerusalén!
Por verte dejé los muros
que con mi sangre regué.
¡Mis brazos á tí se tienden!
¡Irene, á mis brazos ven!

IRENE ¡Eres tú, Roberto mío!
¡Eres tú, sér de mi sér!
¡Qué largo ha sido el camino
de Otranto á Jerusalén!
¡Cuánto he mirado á ese mar!
¡Cuánto, esperando, lloré!
¡Mis brazos á tí se tienden!
¡Roberto, á mis brazos ven!

LOS DOS ¿Quién puede ahora separarnos?
¿Quién intentarlo osará?

Ni la guerra con sus iras,
ni con sus olas el mar.
Dejar de adorarte, ¡nunca!
Dejar de verte, ¡jamás!

CORO (Dentro.)
Es preciso la pira encender;
vigilancia por tierra y por mar;
la peste quema, pues hacedla arder;
la peste mata, pues matar, matar.
Y de esta manera
á la podredumbre,
la llama, la hoguera,
el fuego, la lumbre.

ROB. ¿Qué acento es ese que mis venas hiela?
¿Qué grito es ese que mi sangre abrasa?

IRENE La peste que viene.
La peste que pasa.

ESCENA VI

IRENE, ROBERTO y la CONDESA por la puerta de la torre

COND. ¡Roberto!

ROB. ¡Nada os asombre!
No me mireis enojada,
que he logrado en la cruzada
buen blasón y honrado nombre.
Oro traigo en mi bajel
que hace hundir la corva quilla,
y que pone la escotilla
de las olas al nivel.
Pues oro, y sangre, y mi arnés,
y el blasón que lo avalora,
todo lo arrojo, señora,
y mi vida á vuestros pies.
Cuando al robusto muro de Antioquía
trepaba en el asalto;
cuando la cruz que á los cruzados guía
clavaba en lo más alto;
cuando todos gritaban: «¿Quién ha sido
el que llegó primero?»,
y contestaba yo, de sangre ungido:
«¡El que blandió este acero!»,

y el ejército entero me aclamaba,
gritando todos: «¡Ese!»,
apoyado en la almena yo pensaba:
¡si Matilde me viese!
Es, Condesa, que en vos tan solo estriba,
en vos tan solo está
mi dicha aquí mientras mi cuerpo viva.
¡Mi salvación, allá!

COND. Si fuí contigo cruel,
hoy te admiro y te venero;
hoy como madre te quiero.

ROB. Ese es mi mejor laurel.

COND. Con todo, no afirmo nada
hasta que no sepa el nombre
de tu padre... y no te asombre
el ver mi faz angustiada.
Amé á tu padre, (A Irene.)
mi noble esposo,
cuanto amar puede
una mujer.
Pero la duda
mató el reposo.
Sufrí de celos:
sufrí, lloré.
Seguí sus pasos
con arte y maña:
á donde él iba
también yo fuí.
Y en una pobre
triste cabaña,
con gran cautela
entrar le ví.
Entré, y un niño
con la melena
rubia y los ojos
de cielo azul,
jugaba alegre
con la cadena
del noble Conde.
El niño, tú. (A Roberto.)
Yo le dije: «Es hijo tuyo.»
Y él empeñóse en negar.
«Que era el proscripto heredero
del gran Roberto Guiscard »

Si es cierto, podréis amaros,
no más llanto ni dolor.
Si es mentira, sois hermanos:
imposible es vuestro amor.
Pruébame quién es tu padre:
pronto, claro, firme y bien;
ó á mi trono con Irene,
ó al mar y á Jerusalén.

ROB. Entre el infierno y el cielo
suspenso mi sér está:
los dos por igual me llaman:
sabe Dios quién vencerá.
¡O un lazo eterno nos une,
ó un abismo entre los dos!
¡O amor que baja del cielo
ó amor maldito de Dios!

IRENE Entre el infierno y el cielo
suspenso mi sér está:
los dos por igual me llaman:
sabe Dios quién vencerá.
¡O un lazo eterno nos une,
ó un abismo entre los dos!
¡O amor que baja del cielo,
ó amor maldito de Dios!

COND. Entre el infierno y el cielo
suspenso su amor esta:
los dos por igual les llaman;
sabe Dios quién vencerá.
¡O un lazo eterno los une,
ó un abismo entre los dos!
¡O amor que baja del cielo,
ó amor maldito de Dios!

ROB. No soy su hermano, imposible!

IRENE ¡No, madre, Dios no querrá!

ROB. ¡No soy su hermano!

COND. ¡La prueba!

ROB. Guillermo me la dara.

COND. Fué á buscarte á Palestina.

ROB. (Desesperado.)
¡Guillermo, Guillermo, ven!
que no es tan largo el camino
de Otranto á Jerusalem.

ESCENA VII

IRENE, CONDESA, ROBERTO, RODOLFO, UNFREDO, ESTÉFANO, MARTÍN, COROS DE HOMBRES y MUJERES. Todos entran precipitadamente

IRENE ¡Roberto! ¡Roberto! (Acercándose á él.)
ROB. (Atrayéndola; luego rechazándola.)
¡Aparta!
COND. ¡No más!
ROD. Con rumbo del Este (1)
la galera de la peste
llega ya.
ROB. ¡Mal rayo os parta!
ROD. ¡Pretende entrar en el puerto!
UNF. ¡Si llega, Dios nos ayude!
ROD. ¡Airada la gente acude!
UNF. Le dejan camino abierto,
ruín esquife y nave fuerte:
y avanza el negro presagio
por el golfo.
ROD. ¡Trae el contagio!
UNF. ¡Trae la ruina!
ROD. Trae la muerte.
MARTÍN Ni un palo en cruz distinguí:
negro casco y sucia vela,
y amarillenta la estela
que va dejando tras sí.
COND. (Á Rodolfo.)
Pendón de muerte enarbolas:
Pones gente de atalaya:
y si alguien salta á la playa,
le haces saltar á las olas.
ESTEF. A tierra un hombre bajó
del lado del puerto viejo;
quedóse un punto perplejo,
pero después avanzó.
Es Guillermo.
ROB. ¡Dios clemente!

---

(1) Empieza á dibujarse en la orquesta los primeros rumores de una tempestad.

IRENE ¡En la galera venía;
y va á morir! ¡Virgen mia!

ROB. (Á Rodolfo.)
¡Ay! ¡Si le toca tu gente!

CORO ¡Muera, muera!

ROD. ¡Lo dispuso
la Condesa!

ROB. ¡Poco importa!
¡Torpe lazo que se corta
y autoridad que recuso!
¡Pronto, mi escudo, mi lanza!
Sabed que ese hombre es sagrado.

ROD. Es del bajel apestado.

ROB. Pues la peste es mi esperanza.
Si es Guillermo, ¡el que se atreva
á tocarle, morirá!
¡Insensatos! Mi esperanza
toda entera en él está.
¡Qué me importa de la villa!
¡Qué me importa su dolor!
¡Es más fuerte que la muerte
y es más grande nuestro amor!

CORO, MARTÍN, ROD., UNF., ESTEF.
Si es Guillermo el de la playa,
en la playa morirá:
la galera nos lo trajo
y el contagio en él está.
Arrojemos de la villa
el contagio y el horror;
de tu dicha poco importa,
poco importa de tu amor.

IRENE Si es Guillermo el de la playa,
en la playa morirá;
el pregón así lo manda
y el contagio en él está.
Al condado, ¿qué le importa
de mi angustia y tu dolor? (Á Roberto.)
¡Esos hombres no comprenden
mi cariño ni tu amor!

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

La escena representa un bosque; comienza á anochecer.

ESCENA PRIMERA

CAMPESINOS DE AMBOS SEXOS

CORO DE CAMPESINAS

¿Vísteis del bosque
por la espesura
una espantosa
negra figura,
llena de andrajos
y de negrura,
con los cabellos
en confusión?

CORO DE CAMPESINOS

Vimos un viejo
por la espesura,
correr del bosque
con gran pavura,
andrajos todo,
todo negrura,
y los cabellos
en confusión.

CORO DE CAMPESINAS

Torvos los ojos,
la boca hundida,
la piel verdosa
ya desprendida
dejando sólo
muy carcomida,
de un esqueleto
la trabazón.

CORO DE CAMPESINOS

La vista roja,
la boca hundida,
la piel á trozos
ya desprendida
y por los huecos
muy carcomida,
de una osamenta
la trabazón.

CORO DE CAMPESINAS

Será la peste negra
que vino de Levante:
será la que nos trajo
la galera mercante;
¡la Virgen nos proteja!
¡Compasión, compasión!

CORO DE CAMPESINOS

Será la peste negra
que vino de Levante,
será la que nos trajo
la galera mercante;
¡á la hoguera su horrible
y mortal corrupción!

CORO DE CAMPESINAS

¿Vísteis del bosque
por la espesura,
otra soberbia
y alta figura,
con esplendente
rica armadura
y los cabellos
en confusión?

CORO DE CAMPESINOS

Vimos del bosque
por la espesura,

una soberbia
y alta figura,
pero en pedazos
va su armadura
y los cabellos
en confusión.

CORO DE CAMPESINAS

Pues va en carrera
loca y tendida
tras de la peste,
que estremecida
huye, y acaso
cruje en la huída
del esqueleto
la trabazón.

CORO DE CAMPESINOS

Es su carrera
loca y tendida:
va tras la peste
que estremecida,
huye y se escucha
cómo en la huida
cruje de huesos
la trabazón.

CORO DE CAMPESINAS

Debe ser la locura
que á la peste da caza;
las dos hijas del diablo,
las dos de mala raza.
¡La Virgen nos proteja,
de ambos nos libre Dios!

CORO DE CAMPESINOS

Debe ser la locura
que á la peste da caza:
¡las dos hijas del diablo!
¡las dos de mala raza!
¡Si por dicha tropiezan,
se devoran las dos!

TODOS

¡Ya se oyen alaridos
horribles, espantables!
¡La peste y la locura
vienen hacia esta parte!
¡Ya crujen las malezas,
la Virgen nos ampare!

¡Huyamos á la villa,
que á Otranto salve Dios!
¡cadenas, rastrillos, barrotes, barreras!
¡y muchas fogatas y muchas hogueras!
(Huyen todos con señales de terror y espanto.)

ESCENA II

ROBERTO, con la armadura deshecha, rasgado el manto, descubierta la cabeza, el cabello en desorden

ROB. Huyendo va Guillermo:
no conoce mi voz:
le llamo y la carrera
apresura veloz
Y yo, ciego, anhelante,
del bosque hacia el confin,
le sigo arrebatado
por vértigo sin fin.
La peste va contigo,
¿pero qué importa? ven:
contigo va, Guillermo,
mi esperanza también.
¡Imposible! en la negra espesura
se ha perdido del recio boscaje:
la carrera me prensa el aliento,
de las armas me abruma el herraje.
Y pieza á pieza, arrojo
pedazos del arnés:
el casco, la coraza
y la espada después.
Las zarzas y las jaras
me hieren con furor:
por mucho que me puncen
no aumentan mi dolor.
No lo hay más implacable,
no lo inventó Luzbel:
la angustia va en el alma,
¿qué me importa la piel?
Imposible en la negra espesura
encontrarle del denso boscaje:
el sudor y la angustia me quitan
vida y fuerza, y aliento y coraje.

¡Allí una sombra!
¡allí le veo!
¿ó es que me finjo
lo que deseo?
¡tras él, tras él!
ó le alcanzo ó me deja en las zarzas
la vida en pedazos, á tiras la piel.
(Sale delirante.)

ESCENA III

La misma decoración, nadie en escena, todas las voces son interiores, es de noche

GUILL. (Desde dentro.)
¡Me sigue como á fiera
que acosa el cazador!
¡Qué horrible cacería,
qué muerte, qué dolor!
Otranto no está lejos,
otro esfuerzo, ¡valor!

ROB. (Dentro.)
¡Guillermo, soy Roberto:
no te puedo alcanzar!
¿Guillermo, padre mío,
fué mi padre Guiscard?
¡No escucha! ¡Llegaremos
al infierno á la par!

CORO DE CAMPESINAS (Desde dentro.)
Allá van las dos sombras,
¡qué llamas, y qué hedor!
es la peste y la fiebre
girando en rededor:
¡alerta los de Otranto!
¡piedad, piedad, Señor!

CORO DE CAMPESINOS
¡Allá van las dos sombras,
espanto el verlas da!
¡Ya su carrera loca
acortándose va!
¡Alerta los de Otranto,
que al muro llegan ya!

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO Y ÚLTIMO

Es la misma decoración del tercer acto del drama: una iglesia en el fondo, á la que se sube por una escalinata: callejas laterales: una cruz corpórea en primer término.

ESCENA PRIMERA

ESTÉFANO, ADRIANO, UNFREDO, MERCADERES, GENTE DEL PUEBLO y SOLDADOS

ADR. (A Mercaderes y pueblo.)
Hay que bajar del arco los rastrillos,
no haga Satán que se nos meta el viejo
en la Lonja y tengamos que incendiarla,
del pregón acatando los preceptos.
Mercancías tenemos, que bien valen
dos millones de escudos cuando menos.

ESTÉF. (Al grupo de villanos.)
Hay que tender en calles y callejas
de la villa de Otranto por el cerco,
las cadenas, de modo que no quede
ni paso libre ni camino abierto.
Para atajar la peste apenas bastan
barreras de metal, muros de fuego.

UNF. Hay que atajar también, si llega el caso,
los locos arrebatos de Roberto.
Acuchilló á mis gentes esta tarde,
(Dirigiéndose á los hombres de armas..)
cuando ya acorralaban á Guillermo,
y en ellas con su espada abrió portillo,
por donde el apestado salió huyendo.

CORO DE GENTE DEL GREMIO
El torno giremos:
el arco cerremos:
rechine el rastrillo
y tape el portillo,
¡rís-rís! ¡rás-rás!

CORO DE GENTE DEL PUEBLO
Los pasos cubramos:
las barras tendamos:

la vieja cadena
de herrumbre está llena:
¡rís-rís! ¡rás-rás!

CORO DE HOMBRES DE ARMAS

Coger no pudimos
al viejo; que huímos
al ver á Roberto
blandir en el puerto
su espada, ¡zís-zás!

ESCENA II

ESTÉFANO, ADRIANO, UNFREDO y CORO. Después, por un lado, entran en la plaza la CONDESA, IRENE, RODOLFO y MARTÍN. Acompañamiento de ESCUDEROS y PAJES con hachones

ADR. Se ven luces.
ESTÉF. Gente viene.
UNF. Es la Condesa y Martín... (Observando.)
y Rodolfo... y más al fin...
con sus tristezas Irene.
Para dar valor y ejemplo
á todos, quiso Matilde,
por cristiana y por humilde,
venir suplicante al templo.
IRENE Ante aquella cruz orar
déjame un momento, madre;
ante ella oraba mi padre,
y ante ella aprendí á rezar.
(Irene se arrodilla al pie de la cruz: los demás forman grupos á la derecha y en el fondo.)
MARTÍN Hace bien cuando acude dolorida
del árbol santo á la celeste sombra,
sólo á su pie se encuentra la esperanza
cuando en el mar de la pasión zozobra.
Si nuestro Dios dispuso por castigo
que de la peste negra la ponzoña
se extendiese de Otranto por la villa,
las ricas playas y las verdes lomas,
atajar no penseis su pestilencia,
ni cerrando del puerto la ancha boca,
ni tendiendo cadenas por las calles,

ni bajando rastrillos en la Lonja.
Del contagio vencer tan sólo pueden
la fuerza incontrastable y corruptora,
la oración en el labio arrepentido,
llanto de contricción si puro brota,
huellas de sangre en la desnuda planta,
el silicio en la carne pecadora
y el humo del incienso allá en el templo
subiendo azul á la cristiana bóveda.

ROD. Sin descuidar por eso de la hoguera
las vivas llamas y las lenguas rojas.
¿No es Satán que nos manda de la peste
la turbia levadura venenosa?
Pues al fuego infernal, fuego del cielo.
Yo encenderé la pira abrasadora:
tú la bendices y el brasero es santo;
y si sacar pretende la ponzoña
el ángel de la noche, en él se tuestan
sus negros brazos y sus garras corvas.

UNF. ¿Y el filtro, se fabrica?...

MARTÍN De los antros
de Luzbel en las simas pavorosas.

ADR. ¿Y qué contiene?

MARTÍN ¡Toda la amargura,
todo el dolor, la podredumbre toda
de la oscura región! Profundo abismo
en que durante siglos se amontonan
los crímenes de pueblos y de razas
sin punto de reposo ni demora.
¡Montón de ruinas, lágrimas y sangre,
sumidero de hiel, gota por gota!

ADR. ¿Y eso tendrá en sus venas quien la peste,
por su culpa ó su mal, mañana coja?

MARTÍN Tú lo has dicho.

ADR. Pues digo que Rodolfo
está en lo cierto. Ni la más remota
compasión con los cuerpos apestados.

ROD. Nosotros, muerte. ¡Dios, misericordia!

ADR. ¡Y por alto que esté!

ROD. Todos iguales.

COND. Aun cuando fuese de mi sangre propia.

IRENE (Al pie de la cruz.)
Santa cruz, tus dulces brazos
sobre los niños tendiste;

que aquellos divinos lazos
no se rompan, que dos almas
van rotas en sus pedazos.
En esta plazoleta, cuando niños,
jugábamos los dos,
cuando allá en Occidente se apagaba
el último arrebol.
En esta plazoleta ya no estamos
unidos él y yo,
y entre crespones negros hace mucho
que murió el rojo sol.

TODOS En esta plazoleta cuando niños
jugueteaban los dos,
cuando allá, en Occidente, se apagaba
el último arrebol.
Pues ya no volverán: todo se acaba
cuando lo quiere Dios;
y entre negros crespones hace mucho
que murió el rojo sol.

(La Condesa con todos se dirige al templo.)

COND. Al templo subamos,
y en él la oración
alcance del cielo
amparo y perdón.
Líbranos de daño,
líbranos de mal,
de la cruz por la santa
bendita señal.

CORO Al templo subamos,
y en él la oración
alcance del cielo
amparo y perdón.
Líbranos de daño,
líbranos de mal,
de la cruz por la santa
divina señal

IRENE Para ellos, sí, Dios mío,
tu amparo y tu perdón;
para mí, mi Roberto
y su eterna pasión.
¡Por tu muerte sublime!
¡Por tu amor celestial!
¡De tu cruz por la santa
bendita señal! (Entran todos en el templo.)

ESCENA IV

Quedan en escena, observando por las callejas, UNFREDO, ADRIÁNO y ESTÉFANO

ADR. Me parece que algo ocurre,
Unfredo, por aquel lado.
ESTEF. ¡Si ese maldito apestado
al cabo se nos escurre!...
ADR. Pues lo que dije no marra:
algo pasa hacia esa parte.
UNF. Es el rincón del baluarte:
la calleja tiene barra
por lo estrecho, y tiene dos
cadenas del otro lado.
ADR. Pues alguien las ha pasado.
ESTEF. ¡Es Roberto, vive Dios!
ADR. ¿Y si se encontró con él... (Con terror)
con aquel viejo dañino? (Idem.)
UNF. ¡Siguieron igual camino! (Idem.)
TODOS ¡Cargue con todos Luzbel!
(Entran huyendo Adriano y Estéfano en el templo. Unfredo sale por una calleja.)

ESCENA V

ROBERTO. Entra vacilante y cae á los pies de la cruz

ROB. De esta piedra la frialdad
calme mi abrasada sien:
calme del alma también
los tormentos su piedad.
Aquí, como dulces sellos,
nuestros labios se posaban
tan juntos, que se mezclaban
sus rizos á mis cabellos.
¡Tú iluminaste la aurora
de aquellos tiernos cariños;
nos amaste cuando niños,
no nos rechaces ahora!

En esta plazoleta, en otro tiempo,
jugábamos los dos,
cuando allá, en Occidente, se apagaba
el último arrebol.
En esta plazoleta ya no estamos
unidos ella y yo,
y entre crespones negros hace mucho
que murió el rojo sol.

CORO (Dentro de la iglesia.)
Para Otranto, piedád;
para Otranto, perdón;
por tu muerte sublime,
por tu divino amor.
Líbranos de daño,
líbranos de mal,
de tu cruz por la santa
divina señal.

ESCENA VI

ROBERTO é IRENE, que sale del templo con precipitación

IRENE ¡Nada! ¡Nada me contiene!
¡El lo primero! Decía
Estéfano que volvía
Roberto. ¡Roberto! (Viéndole.)

ROB. ¡Irene!

(Roberto se precipita hasta ella, pero luego se detiene y la rechaza.)

¡Te llaman mis brazos
y tiembla mi ser!
¿Qué es esto, ¡Dios mío!
odiar ó querer?
Yo llevo tu vida
y mi sangre tú,
¡y es lazo maldito
que ató Belcebú!
¡Qué frente tan pura,
qué duces reflejos!
¡Más cerca, más cerca! (Lamándola.)
¡Más lejos, más lejos! (Separándola.)

IRENE Me llaman tus brazos
y tiembla tu ser.
¿Qué es esto, Dios mío,
odiar ó querer?
Yo llevo tu sangre
y mi vida tú.
¡Un lazo tan tierno
no ató Belcebú!
¡La duda me oprime
me abruma su peso
y aun siento en mis labios
el ansia de un beso!

ESCENA VII

IRENE, ROBERTO y UNFREDO, que entra apresurado

IRENE ¿Pero qué es aquello? Mira.
(Acercándose á una calleja.)
UNF. ¡Ya se acorta la distancia!
Burlando mi vigilancia
el viejo, que acaso aspira
al martirio ¡voto á Dios!
por las calles se ha metido.
Conque ya estás prevenido:
le alcanzas y sereis dos
á morir entre las llamas...
ROB. ¿Por dónde?
UNF. Por esta parte.
(Señalando á una calleja.)
IRENE ¡No! (Abrazándole.)
ROB. ¡Suelta!
IRENE ¡No he de soltarte!
ROB. ¡Sí!
IRENE ¡Socorro!
ROB. ¡En vano clamas!
IRENE ¡Y tú me puedes querer!
(Viendo que la rechaza.)
ROB. ¿Que si yo puedo?... Descuida,
aunque me cueste la vida
ahora lo voy á saber
(La rechaza y sale precipitadamente.)

ESCENA VIII

IRENE, UNFREDO, CONDESA, RODOLFO, MARTÍN ESTÉFANO y ADRIANO. Acompañamiento, gente que entra por las callejas

IRENE — ¡Socorro! ¡Madre! ¡Tu amparo!
COND. — ¡Qué ocurre, Irene!
IRENE — ¡Roberto! (Abrazándola.)
ROD. — ¿Osó presentarse?
UNF — Cierto.
IRENE — ¡Y sigue á Guillermo!
UNF — ¡Es claro!
ESTÉF. — ¡Atended: gentes que azuzan!
UNF. — ¡Gritos y golpes cercanos!
ADR. — ¡Hombres de armas y villanos
que por las callejas cruzan!
(Todos miran con ansiedad.. Movimiento general.)
UNF. — ¡Y turbas que van detrás,
y humo negro y rojas chispas!
ADR. — ¡Ah, maldito! ¡Bien nos crispas!
pensando que cerca estás!
VOCES INTERIORES
¡Atajadle, por ahí viene!
¡Paso, paso al apestado!
GUILL. — ¡Roberto! (Desde detro.)
ROD. — ¡Venid á un lado!
¡Todos juntos!
IRENE — ¡Madre!
COND. — ¡Irene!
(Todos forman un grupo, defendido por los hombres que sacan las espadas y puñales. Entra Guillermo huyendo, y tras él turbas con teas y armas que le acosan formando círculo. Guillermo cae, se levanta y entra en el templo. Todo esto como en el drama.)
ROD. — ¡Hierros de punta y de filo!
CORO — ¡Dadle caza, dadle caza!
GUILL. — ¡Atrás, atrás!... ¡Plaza, plaza!
¡Socorro, piedad!... ¡Asilo!

ESCENA IX

TODOS menos GUILLERMO. Empiezan á incendiar la iglesia; gran movimiento en las masas

CORO GENERAL

Fuego y leña seca,
lo manda el pregón;
y si es sacrilegio,
infamia ó baldón,
más tarde ya Roma
dará su perdón.
La peste en el templo
forjó su cubil,
pues vengan las teas,
de pez un barril
y suban las llamas
hasta el campanil.
¡Aquí las faginas,
aquí el alquitrán!
¡Si sopla el buen viento,
en ese volcán,
se tuestan de fijo
la peste y Satán!

COND
MARTÍN
IRENE

¡Qué hacéis insensatos!
¡Qué loca pasión!
A tal sacrilegio,
á tal violación,
ni el cielo ni Roma
darán su perdón.
La peste en el templo
no encuentra cubil;
la cruz redentora
proteje el redil,
abriendo sus brazos
en el campanil.
¡Fuera las faginas!
¡Fuera el alquitrán!
Si brotan las llamas
en ese volcán,
ministros os hizo
de su ira Satán.

ESCENA X

TODOS y ROBERTO

ROB. ¡Condesa! (Entra precipitadamente.)
IRENE ¡Madre!
COND. ¡Roberto!
ROB. ¡Pronto, justicia, justicia!
COND. ¿Quién la vicia!
ROB. ¡La malicia
y el miedo!
COND. ¿De quién?
ROB. De cierto
no lo sé. Por tantos modos
la escarnecen, que á mi juez
se la pido de una vez
y por igual contra todos.
Vine de climas lejanos,
de las olas por los surcos,
y si allí dejé á los turcos,
aquí no hallé á los cristianos.
COND. El pregón...
ROB. Torpe remedo
de una ley de iniquidad.
Tu Dios dijo «¡Caridad!»
y el pregón pregona miedo.
(Roberto desesperado: el incendio avanza.)
Allí Guillermo muere
y con él mi secreto.
De entre las mismas llamas
arrancarlo sabré.
¿Qué me importa la peste?
¿Qué me importa el incendio?
Su presa necesito.
¡La tendré! ¡La tendré!
¡Para horrores, mi mente;
para llamas, mi seno;
vosotros sois mezquinos
los que bramais allí!
¡Vereis cuando yo rompa
el círculo de fuego.
qué monstruos y qué hogueras
llevo dentro de mí!

IRENE
Allí Guillermo muere
y con él su secreto:
las llamas lo consumen,
ya nunca lo sabré.
Y entre la negra peste
y entre el voraz incendio,
mi amor y mi esperanza
por siempre perderé.
Para horrores, mi mente;
para llamas, mi seno.
¡Vosotros sois mezquinos
los que bramais allí!
¡Roberto es lo imposible,
la muerte mi consuelo;
mil ansias, mil espantos
llevo dentro de mí!

COND.
Allí Guillermo muere
y con él su secreto:
las llamas lo consumen
y con ellas se fué.
Y entre la negra peste
y entre el voraz incendio,
subieron al espacio
tu esperanza y tu fe. (A Irene.)
Espantos de la muerte,
asombros de las llamas,
vosotros sois mezquinos
los que bramais allí.
Son mayores, más negros,
los que en tu seno cándido,
fingiendo amor purísimo,
horrorizada ví.

MARTÍN
Allí Guillermo muere,
y con él su secreto:
las llamas lo consumen,
todo acabó: se fué.
Y entre la negra peste
y entre el voraz incendio,
serán ceniza fría (A Irene.)
tu esperanza y tu fe.
Horrores de la muerte.
asombro de las llamas,
vosotros sois mezquinos
los que bramais allí.

Que Satanás el nido
de una pasión sacrílega,
que espanto da al infierno
en él forjó y en tí.
(Siempre dirigiéndose á Irene.)

CORO
Allá el viejo se encoge
abrazado á la peste;
amontonad más leña
de esos muros al pie.
¡Que suba la alta llama
que al campanil se enrosque!
¡Más fuego! ¡Con el humo
ya casi no se ve!
Ya el apestado grita
y ya la peste aulla,
y el maderamen cruge
y se desploma allí.
¡Incendio, no te apagues,
que ya el humo te vence;
ven, huracán, y atiza
la hoguera que encendí!

ROB. ¡Miserables, paso franco!

COND. ¡Roberto!

IRENE ¡Roberto!

ROD. ¡Advierte
que caminas á la muerte!

ROB. Si el secreto no le arranco
y no cede á mi embestida,
la muerte se me hace corta;
que así me importa la vida
como la muerte me importa.
La suerte está ya echada
y no me detendré.
¡Aparta, llamarada,
aparta y entraré!
¡Peste de faz verdosa,
monstruo de fuego, atrás!
ó llamarte mi esposa, (A Irene.)
ó no verte jamás!
(Se precipita en el templo.)

ESCENA XI

TODOS, menos ROBERTO

IRENE ¡Ay de mí, que le he perdido
para siempre, madre mía!
(Abrazándose á su madre.)
COND. ¡Irene!
UNF. Ya lo sabía. (Con desprecio.)
ROD. ¡Lo ha querido!
UNF. ¡Lo ha querido!
IRENE Todo acabó en la vida,
La hoguera se consume:
su eterna despedida
un grito fué de amor.
Ven, muerte, y piadosa hiere,
que quiero morir si él muere.
TODOS (En coro.)
La ley está cumplida,
la hoguera se consume,
de fuego esta ceñida
la iglesia del Señor.
Y ahora ya, para el que muere,
miserere, miserere.

ESCENA XII

TODOS y ROBERTO en la escalinata rodeado de llamas

ROB. Irene, el infierno ladre,
que en vano Satán se afana.
Irene, no eres mi hermana:
Roberto Guiscard, mi padre.
IRENE ¡Pues aguarda, ya te sigo,
que si tu hermana no soy,
soy tu esposa y allá voy,
Roberto, á morir contigo!
(Penetra en las llamas y se abraza á Roberto.)
COND. ¡No la dejeis, infames... no, jamás!
UNF. ¡Es ya tarde, Condesa.. atrás, atrás!
(Sujetándola. La Condesa cae desmayada.)

ROB. ¡Sacra llama nos alumbre!
¡Nada importa el negro azote!
¡Tu bendición, sacerdote!
¡Mi desprecio, muchedumbre!
¡A mí tus caricias todas,
que en tu hermosura me anego,
y entre la peste y el fuego
se celebran nuestras bodas!

CORO Pues sacra llama os alumbre
y os envuelva y os azote;
bendícelos, sacerdote,
lo pide la muchedumbre.
Dale tus caricias todas,
atiende á su amante ruego,
que entre la peste y el fuego
se celebran vuestras bodas.

MARTÍN La sacra llama os alumbre,
nueva vida de ella brote;
os bendice el sacerdote
bajo esa santa techumbre.
Olvidad las dichas todas
terrenales, yo os lo ruego,
que entre la peste y el fuego
se celebran vuestras bodas.

IRENE ¡Sacra llama nos alumbre!
¡Poco importa el negro azote!
¡Bendícenos, sacerdote,
bajo esta roja techumbre!
A tí mis caricias todas,
que en eterno amor me anego,
y entre la peste y el fuego
se celebran nuestras bodas.

FIN DE LA ÓPERA

ADVERTENCIA

Para acortar la representación se deben hacer en todo el libreto grandes cortes, sobre todo en los recitados.

OBRAS DE D. JOSE ECHEGARAY

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso.

La esposa del vengador, drama en tres actos original y en verso.

La última noche, drama en tres actos y un epílogo original y en verso.

En el puño de la espada, drama trágico en tres actos original y en verso.

Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto original y en verso.

Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogía.)

El gladiador de Rávena, tragedia en un acto y en verso. (Imitación.)

O locura ó santidad, drama en tres actos original y en prosa.

Iris de paz, comedia en un acto original y en verso.

Para tal culpa tal pena, drama en dos actos original y en verso.

Lo que no puede decirse, drama en tr s actos original y en prosa. (Segunda parte de la trilogía.)

En el pilar y en la cruz, drama en tres actos original y en verso.

Correr en pos de un ideal, comedia original en tres actos y en verso.

Algunas veces aquí, drama en tres actos y en prosa.

Morir por no despertar, leyenda dramática original en un acto y en verso.

En el seno de la muerte, leyenda trágica original en tres actos y en verso.

Bodas trágicas, cuadro dramático del siglo XVI original en un acto y en verso.

Mar sin orillas, drama original en tres actos y en verso.

La muerte en los labios, drama en tres actos y en prosa.

El gran Galeoto, drama original en tres actos y en verso, precedido de un diálogo en prosa.

Haroldo el Normando, leyenda trágica original en tres actos y en verso.

Los dos curiosos impertinentes, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogía.)

Conflicto entre dos deberes, drama en tres actos y en verso.

Un milagro en Egipto, estudio trágico en tres actos y en verso.

Piensa mal... ¿y acertarás? casi proverbio en tres actos y en verso.

La peste de Otranto, drama original en tres actos y en verso.

Vida alegre y muerte triste, drama original en tres actos y en verso.

El bandido Lisandro, estudio dramático en tres cuadros y en prosa.

De mala raza, drama en tres actos y en prosa.

Dos fanatismos, drama en tres actos y en prosa.

El conde Lotario, drama en un acto y en verso.

La realidad y el delirio, drama en tres actos y en prosa.

El hijo de carne y el hijo de hierro, drama en tres actos y en prosa.

Lo sublime en lo vulgar, drama en tres actos y en verso.

Manantial que no se agota, drama en tres actos y en verso.

Los rígidos, drama en tres actos y en verso, precedido de un diálogo exposición en prosa.

Siempre en ridículo, drama en tres actos y en prosa.

El prólogo de un drama, drama en un acto y en verso.

Irene de Otranto, ópera en tres actos y en verso.

Un crítico incipiente, capricho cómico en tres actos y en prosa.

Comedia sin desenlace, estudio cómico-político en tres actos y en prosa.

El hijo de Don Juan, drama original, en tres actos y en prosa, inspirado por la lectura de la obra de Ibsen titulada *Gengangere.*

Sic vos non vobis ó la última limosna, comedia rústica original en tres actos y en prosa.

Mariana, drama original en tres actos y un epílogo en prosa.

El poder de la impotencia, drama en tres actos y en prosa.

A la orilla del mar, comedia en tres actos y un epílogo en prosa.

La rencorosa, comedia en tres actos y en prosa

María-Rosa, drama trágico de costumbres populares en tres actos y en prosa. (Traducción.)

Mancha que limpia, drama trágico en cuatro actos y en prosa.

El primer acto de un drama, cuadro dramático en verso.

El estigma, drama en tres actos y en prosa.

La cantante callejera, apropósito lírico en un cuadro y en prosa.

Amor salvaje, bosquejo dramático en tres actos original y en prosa.

Semíramis ó la hija del aire, (refundición) Drama en tres jornadas y en verso.

Tierra baja, drama en tres actos y en prosa. (Traducción.)

La calumnia por castigo, drama en prosa en tres actos y un prólogo.

La duda, drama original en tres actos y en prosa.

El hombre negro, drama original, en tres actos y en prosa.

Silencio de muerte, drama original en tres actos y en prosa.

